Cuadernos de **SALAS DE LECTURA**

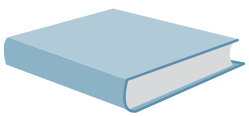
La Lectura

CONACULTA libros

Salas de Lectura
Programa Nacional

Salas de
Lectura
Programa Nacional

Cuadernos de
SALAS DE LECTURA



La Lectura

Edición: Dirección General de Publicaciones
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
© Luz María Chapela, por el texto
© Sofía Escamilla, por las ilustraciones
D.R. © 2011 de la presente edición

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
Dirección General de Publicaciones
Av. Paseo de la Reforma 175
Cuauhtémoc, C.P. 06500
México, D.F.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Dirección General de Publicaciones.
ISBN: 978-607-455-793-0
Impreso y hecho en México

Cuadernos de
SALAS DE LECTURA

La Lectura

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

CONSUELO SÁIZAR
Presidenta

ROBERTO VÁZQUEZ
Secretario Cultural y Artístico

RAÚL ARENZANA OLVERA
Secretario Ejecutivo

LAURA EMILIA PACHECO
Directora General de Publicaciones

SOCORRO VENEGAS
Directora General Adjunta de Fomento a la Lectura y el Libro

JULIO TRUJILLO
Director Editorial

ERICK JIMÉNEZ
Director Técnico de Fomento a la Lectura y el Libro

JESÚS HEREDIA
Coordinador Nacional del Programa Salas de Lectura

LUZ MARÍA CHAPELA
Texto

AXON DISEÑO Y COMUNICACIÓN
Diseño e ilustración

SECRETARÍA DE CULTURA DE JALISCO

JESÚS ALEJANDRO CRAVIOTO LEBRIJA
Secretario de Cultura del Gobierno del Estado de Jalisco

MARÍA ELENA RAMOS MARTÍNEZ
Directora General de Vinculación Cultural

KENIA ELIZABETH FUENTES GARCÍA
Enlace Estatal del Programa Salas de Lectura

Agradecemos la lectura crítica de
FRANCISCO COBIÁN y
MARIO HERNÁNDEZ W.

ISBN de la Colección Cuadernos de Salas de Lectura:
978-607-455-789-3
ISBN del cuaderno 2: 978-607-455-793-0

Índice

11 Presentación

17 Capítulo 1. La lectura como encuentro

21 Capítulo 2. Significar y resignificar

27 Capítulo 3. No existe una sola lectura

31 Capítulo 4. La lectura de ciencia y tecnología

39 Capítulo 5. Algunos beneficios de la lectura

45 Capítulo 6. El lector

53 Capítulo 7. El juego y la lectura

59 Al terminar

63 Bibliografía

Si no esperas, no te
sobrevendrá lo inesperado.
Heráclito

Presentación

¿Cuándo nació la lectura? No podemos saberlo con certeza, pero podemos imaginarlo.

La lectura supone el encuentro de un texto con un lector. Leer quiere decir escuchar lo que otro dice, tomar en cuenta sus palabras y relacionarlas con los temores, deseos, memorias, dudas, esperanzas, necesidades y conocimientos propios. Cuando el lector relaciona las palabras del otro con su propio ser, construye nuevos significados para lo que escucha, recrea lo que oye y produce ideas e imágenes propias. Estas imágenes, estas ideas, son nuevas pero tienen un origen claro: brotan de las que el autor pone en su texto precisamente para que el lector les dé vida nueva al recrearlas.

Si entendemos así la lectura, como una escucha atenta y recreativa de lo que otros dicen, podremos viajar en el tiempo hasta encontrar al *Homo sapiens*.

Quizá la lectura nació en el Paleolítico Superior cuando algunos pintores se atrevieron a invitar a un par de amigos a conocer sus avances dentro de, por ejemplo, la cueva de Altamira. Los invitados se pararon ante la obra de sus amigos y, admirados, *leyeron* cosas que ya sabían y que les reconfortaron: los bisontes, como los ciervos y los caballos, tienen cuatro patas, sus tallas varían de uno al otro y los bisontes lucen hermosos tonos ocre, rojo quemado y mostaza. Tal vez también *leyeron* sobre la roca que sus amigos, los pintores, eran capaces de registrar cantidades, tamaños, direcciones y hasta la noción de centro. Y aquellos invitados, al pararse frente a la pintura, acaso sintieron un leve estremecimiento al darse cuenta de que esas imágenes hablaban de ellos mismos, de su trabajo, sus problemas, sus triunfos y sus ilusiones.

O probablemente, si somos estrictos, la lectura nació todavía antes, cuando los mismos *Homo sapiens* se tiraban con la oreja sobre la tierra para escuchar el trepidar del suelo y *leer* por dónde andaba la manada, cuántos bisontes traía y en qué dirección avanzaba.

O nació cuando los estrategas del grupo dibujaban con una vara sobre la tierra distintas indicaciones, para que cada grupo de cazadores *leyera* con atención lo que tenía que hacer cuando llegara esa manada que esperaban, porque ya habían *leído* antes el trepidar de la tierra.

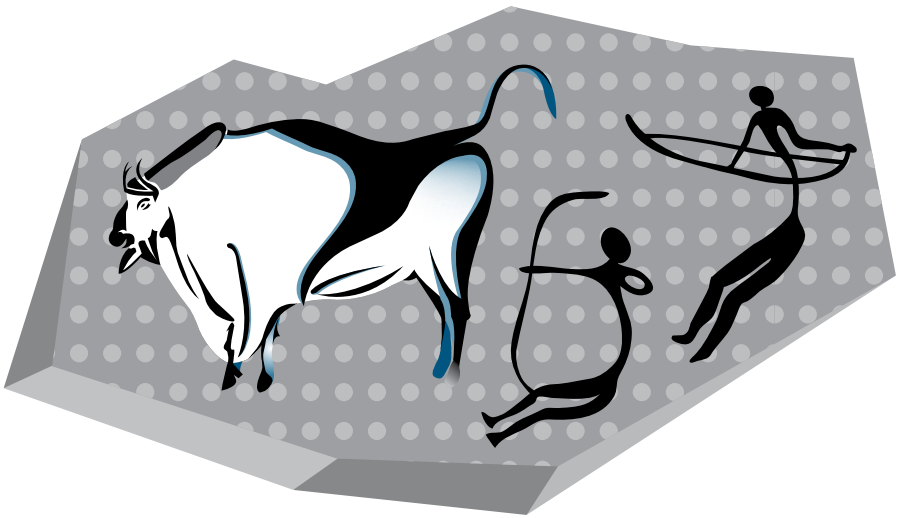
Lo cierto es que la lectura, entendida así, en un sentido amplio, ha acompañado a las mujeres y a los hombres desde que fueron capaces de distinguir, analizar, relacionar, mirar hacia el pasado y construir imágenes de futuro. Desde que empezaron a sentir el impulso, acaso todavía incomprensible, de contar a otros lo propio y de conocer las cosas de los otros. Desde que empezaron a reflexionar acerca de ellos mismos y a entrelazar sus recuerdos.

Paul Ricœur, el pensador francés, dice que las personas hacemos del tiempo, un tiempo humano, cuando tejemos relatos con nuestros propios avatares: cuando narramos. Nuestras vivencias, nuestros acontecimientos se perderían en el tiempo si los dejáramos sueltos. Pero si los entretejemos, si los relacionamos unos con otros, si les damos significado, sentido, ritmo, textura y secuencia, cobran voz propia y se convierten en memoria. Entonces nos acompañan como relatos y enriquecen nuestras vidas.

En los trabajos líricos, cuando hacemos o leemos poesía, nos relacionamos con el tiempo. La etimología de poesía, del griego *poiesis*, habla de un eterno buscar mínimos comunes compartibles entre cosas del mundo que, aparentemente, no tienen nada que ver entre sí. El género poético construye entramados de sentido, abre preguntas y nos permite intuir y anticipar otras posibilidades. Por otra parte, el tiempo se desdibuja y puede ser lo mismo largo que ancho, lento y sinuoso, o puede resultar tan instantáneo y contundente como son los relámpagos. Quizá la lectura nació cuando los poetas del grupo recitaban poemas recién nacidos, a la luz del fuego.

El tiempo de la dramaturgia espera a que el discurso dicho en voz alta viaje desde el escenario para alcanzar a los que escuchan en las gradas, aumenta el

ritmo en espiral ascendente cuando las pasiones escalan, hace silencios largos para que se *escuchen* los gestos, se desploma de manera súbita y lo cancela todo cuando, de pronto, da lugar a la muerte que se adueña de tiempo, espacio y posibilidades. ¿Cómo serían los relatos de un cazador de Altamira que regresa a las cuevas como sobreviviente de un gran fracaso? ¿Cuántos y cómo se agruparían para *leerlo* y compartir con él —a salvo y en compañía fraterna— su inmenso drama?



Los textos que divulgan la ciencia también incluyen el tiempo. Relatan los pasos que los pensadores dieron antes de hacer un descubrimiento, nos hablan del ensayo y del error indispensables para el conocimiento. En los niveles microscópicos relatan, por ejemplo, los caminos sinuosos y llenos de estaciones de carga y descarga que recorre la sangre del cuerpo humano, o de las muchas estrategias que utilizan las células para conseguir, por medio de mensajeros, sustancias alejadas que les están haciendo falta. En los niveles siderales, los textos que difunden la ciencia nos hablan de la velocidad de la luz en relación con el tiempo, de la historia de vida de los planetas o del ritmo que late en las pulsaciones de los astros.

La literatura nos ayuda a construir tiempos humanos y la lectura los desata. Tal vez fue la lectura la que enseñó a los primeros hombres de la Tierra a sentir y asignar valor al tiempo. A más relato, a más drama, a más poesía, mayor conciencia y amor por el tiempo: como recurso y como aliado tanto de la memoria como de la imaginación prospectiva.

Por eso la literatura, concebida como un todo, resulta un patrimonio de la humanidad, porque en ella están consignados relatos, mitos, leyendas, poemas y puntos de vista; conocimientos, estrategias y miradas que analizan de distintas maneras el pasado e imaginan distintos futuros: no necesariamente probables, pero sí posibles.

Éste es el tema general del cuaderno *La lectura* que aquí presentamos: la relación intelectual y afectiva, lingüística y cultural, valoral e histórica que ocurre cuando un lector lee un texto y, desde su propia persona —libre y soberana—, lo resignifica para comprenderlo mejor, para recrearlo, para hacerlo suyo y para imaginar sus propias creaciones derivadas.

Este Cuaderno pertenece a la colección *Cuadernos de las Salas de Lectura*, del Programa Nacional Salas de Lectura (PNSL) que impulsa el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Queremos ofrecer una última explicación y hacer una solicitud. Al escribir las páginas de este cuaderno pensamos siempre en mujeres y hombres. Pensamos en lo humano y en las muchas y específicas maneras en que la humanidad se expresa en las personas individuales. Sin embargo, y sin olvidar a las mujeres, al escribir usamos el género masculino (el lector, el mediador, el habitante de las comunidades…) para hacer más ágil la lectura. Por otra parte, les pedimos busquen en la bibliografía de este mismo cuaderno los nombres de los libros que contienen las citas de autor que presentamos a lo largo de estas páginas. Si tienen la oportunidad, lean algunos de estos libros para comprender mejor el espíritu y la intención de los autores; para entender el contexto en que escribieron los párrafos que nosotros tomamos y para descubrir los muchos relatos, emociones, ideas y paisajes que estos libros presentan.

Esperamos que en este cuaderno muchos de ustedes encuentren razones para reflexionar, temas para estudiar, citas para disfrutar, aliento para mejorar sus prácticas diarias y motivos para celebrar.

Capítulo 1

La lectura como encuentro

La lectura es un encuentro, es un diálogo, es una puesta en común, es un debate.

En el momento de la lectura, se encuentran un lector y un texto escrito por un autor que puede estar o no estar vivo y, sin embargo, el encuentro lector ocurre en vivo y en directo.

Vivo o muerto, el autor de un texto pone ante el lector un conjunto de ideas, emociones, valores, contextos, opiniones, saberes, herencias, explicaciones, descripciones, recuentos del pasado y, también, imágenes de futuros: temidos, inciertos, odiosos o anhelables. Cuando publica su trabajo, todo esto queda abierto al escrutinio de los lectores. Por eso podemos decir que el escritor arriesga lo propio una y otra vez, indetenidamente.

Por su parte y en términos ideales, el lector se acerca a un texto con la intención de conocerlo y descubrir en él imágenes nunca antes vistas, emociones nunca antes sentidas, palabras nunca antes escuchadas, nociones desconocidas. En el mejor de los casos, éste busca en un escrito enriquecerse con sorpresas que le permitan sorprenderse, aprender, sentirse acompañado y mantener viva la esperanza. Y como el lector espera esto del autor, él mismo se aproxima a la lectura con valentía porque también pone en juego lo suyo propio: ideas, emociones, valores, contextos, opiniones, saberes, herencias, explicaciones, descripciones, recuentos del pasado y, también, imágenes de futuros.

Cuando abre un libro, el lector arriesga lo propio, pero no en un intento suicida, sino con la esperanza de encontrar resonancias, preguntas compartidas, imágenes de deseo, cómplices virtuales, conocimientos iluminadores, motivos para caminar y miradas más largas, más creativas, más amplias.

Para terminar este breve capítulo y recordar que la lectura es encuentro y que supone ajustes, desajustes y debates, presentamos el muy conocido diá-

logo, interpersonal que, en el famoso libro *El Principito,* del autor francés Antoine de Saint-Exupéry, sostuvieron, en un planeta lejano, el pequeño príncipe y la Zorra.

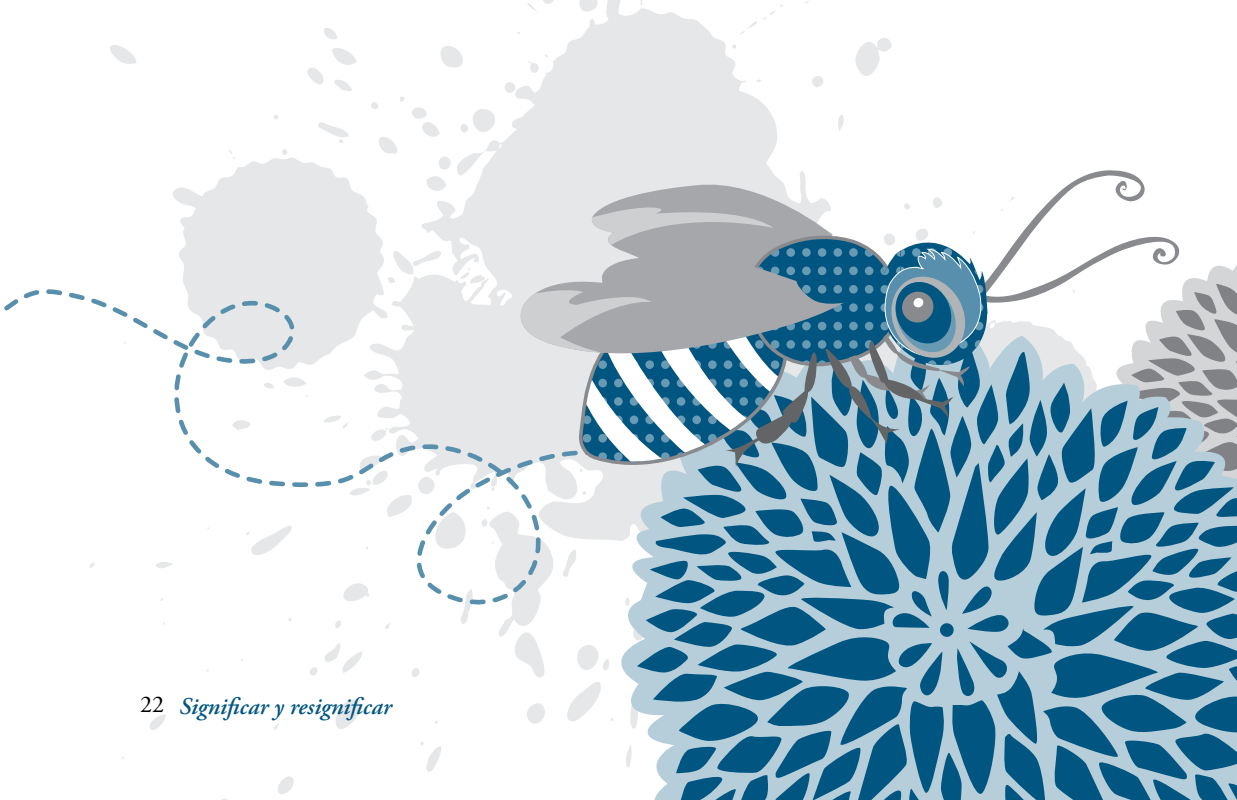
> *—No puedo jugar contigo —indicó la Zorra—. No estoy domesticada.*
> *—Bueno, excúsame —se disculpó el Principito. Pero, después de reflexionar, añadió—: ¿Qué significa eso de "domesticada"?*
> *—Tú no eres de aquí —arguyó la Zorra—. ¿Qué andas buscando?*
> *—Busco a los hombres —dijo el Principito—. ¿Qué quiere decir "domesticar"?*
> *—Los hombres tienen escopetas y cazan. ¡Es muy enojoso! También crían gallinas. Es lo único que los hace interesantes. ¿Andas buscando gallinas?*
> *—No —declaró el Principito—. Busco amigos. ¿Qué significa "domesticar"?*
> *—Es algo harto olvidado —dijo la Zorra—. Eso significa "estrechar lazos".*
> […]
> *La Zorra se calló y miró largo rato al Principito.*
> *—Hazme ese favor… ¡domestícame! —susurró.*

Capítulo 2

Significar y resignificar

Por la acción lectora, el lector cambia: mira, recuerda, reflexiona, aprende o inicia acciones nuevas. Por la acción lectora, el texto adquiere matices, tonos, texturas y alcances nuevos, porque los seres humanos tenemos el poder de asignar significados a las cosas, a los hechos y a las emociones. Y asignamos estos significados desde lo que somos: seres históricos con una lengua, un contexto y una cultura. Cada uno de nosotros, los humanos, tenemos lengua, cultura, herencias, circunstancias, saberes y valores, pero son distintos.

De acuerdo con los especialistas, la cultura es un conjunto de rasgos específicos que expresan las maneras en que cada grupo humano, con historia y situación distinta, asigna valores a las cosas y responde al mundo y a los retos que éste le plantea. Entonces, si las situaciones y condiciones son distintas y si los grupos también son específicamente diversos, cada cultura asignará distintas significaciones a las mismas cosas del cosmos.



Para algunos pueblos de la selva amazónica, como también para los alemanes, el Sol es un ser femenino que abraza a sus hijos con su luz y su calor. Por su parte, la Luna es masculina y, con su claridad, acompaña a sus hijos en las expediciones de pesca y caza nocturnas. En Occidente, y dependiendo quizá del estado de ánimo, el rojo puede significar peligro, amor, vida, sangre, pasión o ¡alto! La abeja significa para los egipcios sabiduría y palabra y, para los mayas, es el alma de los antepasados. Un árbol puede significar para los pueblos industriales fuente de madera y carbón, y para los tseltales significa el ser que, con sus raíces, saca del subsuelo las almas de los antepasados y a través de sus ramas las lanza a la luz infinita.

Los significados imprimen sentido a las cosas. No tendrá el mismo sentido un recurso maderable que un liberador de almas. El bien maderable es un recurso, una mercancía, una promesa económica y está presente en intercambios comerciales. El árbol liberador está en el corazón de las personas, en los rituales, en el seno de las familias, en las leyendas y en las tertulias, cuando se habla de luz y de esperanza.

Cuando leemos, como cuando conversamos, sostenemos necesariamente encuentros interculturales. Por eso, necesitamos aprender el don de la hospitalidad, que nos pide recibir al otro con la mente abierta, con preguntas más que con definiciones, sin etiquetarlo de antemano, sin juzgarlo y con una actitud de investigación creativa que —al saber que es distinto— busca esos mínimos comunes que quizá resulten compartibles para, a partir de ellos, establecer diálogos, pedir y ofrecer explicaciones, expresar y compartir emociones, saberes, valores y puntos de vista, y para entretejer imágenes, ideas y conocimientos nuevos, frescos, recién acuñados por la acción conjunta de la diversidad que se pone en diálogo.

Sostenemos diálogos interculturales con los textos y también con nuestros interlocutores y compañeros de charla.

Cada cultura y cada lengua carga sus palabras con significados que permiten la circulación viva de valores, memorias y deseos entrañables. Decimos con verdad que las palabras "saben": están llenas de conocimiento, memoria, emoción, valores e ilusiones. Por eso, cuando por distintas razones se pierde un libro o se deja de usar una lengua, el planeta se queda sin un conjunto de conocimientos, memorias, emociones, valores e ilusiones.

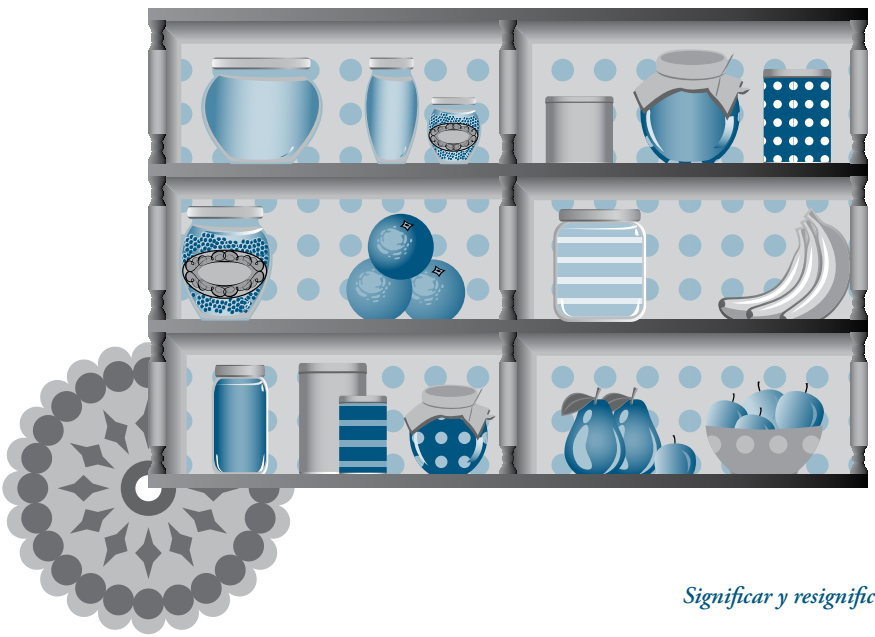
Los autores saben que las palabras *saben*, por eso hacen de ellas sus amigas, sus interlocutoras y sus cómplices. Para un autor, en el mejor de los casos, las palabras están vivas, tienen su propio peso y sentido, y usarlas supone un goce y también un compromiso. Y para un lector, también en el mejor de los casos, las palabras que el escritor, en calidad de "otro", puso en el texto desde su propio ser y su cultura, suponen un acertijo, un reto, un baúl de sorpresas.

Ramón López Velarde, el ilustre poeta zacatecano que vivió en las primeras décadas del siglo XX, es un maestro en el arte de reconocer la profundidad y los alcances de la palabra, por ejemplo, llama a la patria: "Suave Patria, alacena y pajarera". Al usar la palabra *alacena*, con toda la intención poética, convierte a la patria en una fuente de pan, maíz, potajes y rompope. Y al usar la palabra *pajarera*, la transforma en una fuente de sonidos: "risas y gritos de muchachas", campanadas de "un reloj en vela" y cantos "de pájaros de oficio carpintero". Al usar las palabras como sólo él sabe utilizarlas, en su poema "Suave Patria", López Velarde ilumina al mismo tiempo nuestra memoria y nuestros horizontes con imágenes deslumbrantes: "garzas en desliz"; un tren que "va por la vía como aguinaldo de juguetería"; una mirada mestiza que "en el barullo de las estaciones" pone "la inmensidad sobre los corazones"; un trueno del temporal que, cuando truena, "enloquece a la montaña, sana al lunático, incorpora a los muertos, pide el viático y al fin, derrumba las madererías de dios sobre las tierras labrantías", o sencilla y simplemente, una "carreta alegórica de paja". Cada una de estas imágenes está cargada y cuando entramos en ellas, con apertura y en son de diálogo, emprendemos un viaje.

Al terminar, leamos, en la "Suave Patria", estos versos que el poeta dedica a la memoria de Cuauhtémoc. Versos cargados de conocimiento y cariño que sólo podemos resignificar si recurrimos a la historia, al pensamiento creativo y al juego lírico que, por cierto, tanta falta hace cuando los tiempos tienden a volverse planos, monoculturales y unidireccionados.

[…] *tu cabeza desnuda se nos queda,*
hemisféricamente de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua
todo lo que sufriste: la piragua
prisionera, el azoro de tus crías,
el sollozar de tus mitologías,
la Malinche, los ídolos a nado,
y por encima, haberte desatado
del pecho curvo de la emperatriz
como del pecho de una codorniz.



Capítulo 3

No existe una sola lectura

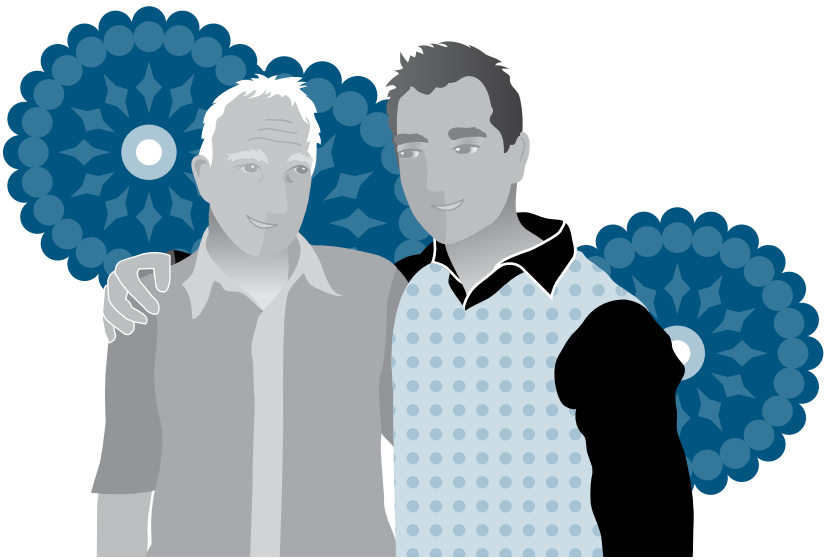
Si al leer tomamos lo que el autor puso en el texto para darle significados y sentidos propios, podemos comprender que no existe una sola lectura idéntica a otra. Cada lectura es única y original porque cada lector es también único y original. Habrá lecturas semejantes debido a muchas coincidencias culturales, pero no lecturas iguales.

Es más, cada una de las relecturas que hacemos de un mismo texto es distinta de las anteriores; en cada relectura tenemos ideas, imágenes y emociones nuevas, porque las personas, con la vida y el paso del tiempo, cambiamos. Entonces en el momento mismo de la nueva lectura, leemos desde nuestros nuevos saberes, con nuevas experiencias a cuestas. Además, como dice Francisco Cobián, comprometido mediador de Autlán, en Jalisco: "Al leer leemos según el duelo, la alegría, la angustia, la frustración, el odio, la vergüenza, el éxito, la nostalgia o las imágenes de anhelo que tengamos en ese momento".

Al leer, el lector toma nota de lo que dice el autor. Entonces revisa lo que percibe a la luz de su estado de ánimo, de las circunstancias en las que lee, de las necesidades y urgencias del momento, de sus prioridades, de sus maneras de asignar valor a cada cosa, y hace sus propias resignificaciones. Además, ordena todo esto para formar una estructura comprensible y, luego, le da sentido a lo que él mismo construyó con sus resignificaciones. Entonces, entreteje todo lo anterior con gesto propio, con sentido propio, elabora sus propias imágenes y saca sus propias conclusiones que, muchas veces, poco tienen que ver con lo que el autor tenía en mente cuando escribió su libro.

Que una cosa es lo que se dice y otra lo que se escucha, lo comprobamos todos cuando conversamos. Decimos una cosa y nuestro interlocutor entiende otra o entiende lo que dijimos pero con otros matices y, sobre todo, a lo que entiende le asigna un lugar y un sentido que quizá poco tenga que ver con lo que quisimos decir cuando conversamos con ese amigo. Por eso, al charlar, muchas veces repetimos, preguntamos, aclaramos y argumenta-

mos antes de sentirnos satisfechos. Y algunas veces, con el paso del tiempo, descubrimos que necesitamos volver a aclarar los puntos de la conversación porque nuestra contraparte dice cosas que nosotros no quisimos decir pero que, a la luz de su resignificación, sí dijimos. Esto lo sabemos todos y no tendría que sorprendernos.



Los humanos nos comunicamos significando y dando sentido a las cosas y al atender con hospitalidad a lo que los otros dicen para resignificarlo y darle un sentido, desde nuestro punto de vista, coherente.

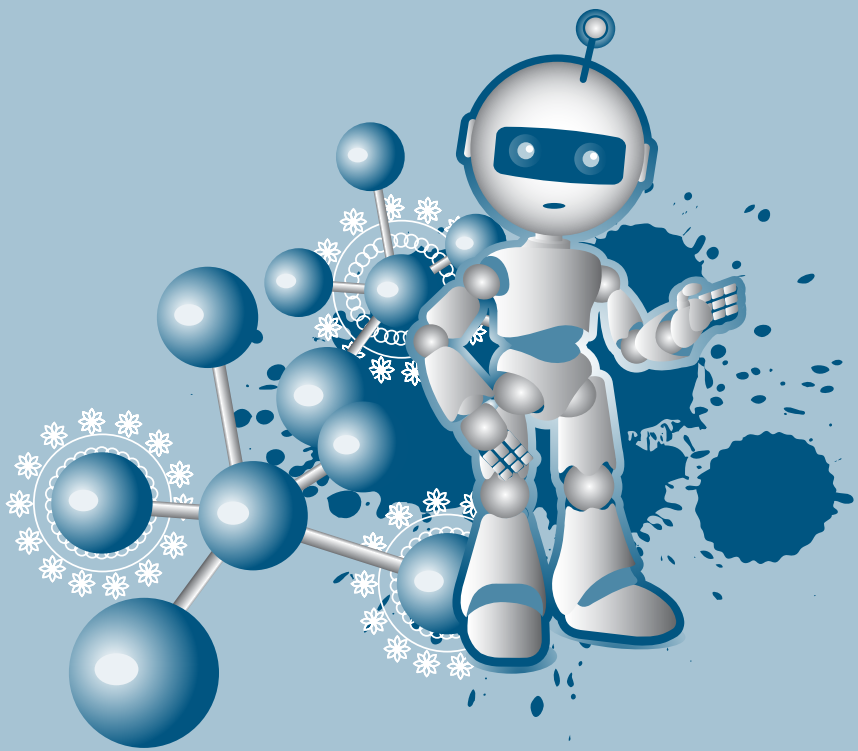
Salgamos del capítulo con estos breves versos del inmenso poeta de la Martinica, Aimé Césaire, que muy probablemente les dirán una cosa distinta y personal a cada uno de ustedes, lectoras y lectores.

Yo, como Krakatoa
(fragmentos)

Yo, como Krakatoa,
yo, cualquier cosa antes que un monzón
yo, como un pecho abierto
yo, como Laelaps
yo, que vivo más allá de la escala
yo: Zambeziano o frenético
o rombo o caníbal,
querría ser poco a poco más humilde y más profundo,
siempre más grave, sin vértigo o vestigio
hasta perderme al caer entre el remolido grano
de una tierra bien abierta.

Capítulo 4

La lectura de ciencia y tecnología



En los libros de ciencia encontramos la voz de los especialistas. De autores que trabajan con ritmo, con sistema, con perseverancia y muchas veces con pasión. Los autores de libros de este tipo de divulgación construyen objetos densos y brillantes para que nosotros los lectores nos hechicemos con ellos. Los científicos son personas que, de manera normal, trabajan mucho y, con frecuencia, en condiciones áridas. Sin embargo saben que, sobre el trabajo duro, surge el "¡eureka!"

Los científicos entienden que todo logro da lugar a nuevas preguntas, nuevas hipótesis, nuevas suposiciones. Por eso, los autores que escriben libros de ciencia, en general, ponen gran cuidado de que sus conocimientos deslumbren: para que gocen de un momento de gloria y den lugar a grandes preguntas, a nuevas suposiciones. Hay algunos escritores que producen en el lector un auténtico estremecimiento estético cuando comparten sus logros. Escuchemos al divulgador de la ciencia John Gribbin cuando habla en su libro *Así de simple. El caos, la complejidad y la aparición de la vida*:

> *Lo que parece estar diciéndonos el registro fósil es que las extinciones se producen en todas las escalas, en todos los tiempos, y que (como en el caso de los terremotos) puede producirse una extinción de cualquier magnitud en cualquier época* […] *Sin embargo, la otra lección que podemos extraer de lo que conocemos sobre las leyes potenciales del ruido I/f es que no necesitamos un gran desencadenamiento para poner en marcha un gran suceso.*

En nuestros tiempos gran parte del conocimiento universal es producto del trabajo de especialistas. Algunos de ellos escriben textos para compartir entre colegas, de especialista a especialista. Otros, además, escriben textos sencillos en los que explican sus conocimientos con metáforas muchas veces luminosas para que los no especialistas podamos comprenderlos, si no en toda su dimensión, al menos sí a través de comparaciones significativas.

Con frecuencia, detrás de un libro de divulgación está un apasionado científico deseoso de ampliar los horizontes conceptuales. El mismo John Gribbin en la introducción del libro ya citado nos cuenta:

> *Sin embargo, después de diez años esperando en vano que la teoría del caos se esfumara o que alguien escribiera un libro explicándola con un lenguaje que yo pudiera entender, decidí que, si nadie más iba a explicarla de una manera clara, lo tendría que hacer yo* […] *Tal como yo lo entendí, lo que en realidad importa es simplemente que algunos sistemas ("sistema" no es más que una palabra de la jerga científica para designar cualquier cosa, como un péndulo que oscila, o el sistema solar, o el agua que gotea de un grifo) son muy sensibles a sus condiciones de partida, de tal modo que una diferencia mínima en el "impulso" inicial que les damos ocasiona una gran diferencia en cuanto a cómo van a acabar, y existe una retroalimentación, de manera que lo que un sistema hace afecta a su propio comportamiento.*

Si no leemos ciencia nos privamos de reflexiones como éstas que, a primera vista, resultan incomprensibles pero que, si las leemos con atención, y hasta dos o tres veces, nos abren dimensiones y mundos atractivos y sugerentes que, por otra parte, nos permiten comprendernos mejor a nosotros mismos.

Gracias a las lecturas nos conmovemos cuando escuchamos hablar de la Vía Láctea, volteamos sonrientes cuando escuchamos que alguien nombra en su conversación a Casiopea y contamos las semanas y los días que faltan para un eclipse de luna.

Como sociedades, ¿cómo seríamos sin la noción del *Big Bang*? ¿No tenemos mejores horizontes cuando nos enfrascamos en la lectura de un texto que reflexiona en torno a la neblina y a las nubes de Marte? ¿No tenemos más amplitud de pensamiento cuando leemos acerca del agua contenida en los casquetes polares y en las nieves eternas de las montañas, y cuando relacionamos la capacidad de reflejar que tienen los grandes hielos con el calentamiento global?

Cuando nos acostumbramos a leer libros y artículos científicos con relativa frecuencia, estamos consiguiendo mucho más que una acumulación de aportaciones intelectuales. Aprendemos distintas maneras de ver el mundo, ordenarlo, nombrarlo y pensarlo, y entramos a un territorio universal sin fronteras.

Por su parte la tecnología pone en acción los conocimientos que construye la ciencia para el beneficio de nuestras vidas diarias y extraordinarias. La tecnología —porque la ciencia la nutre— puede llevarnos por un sendero o dentro de una nave espacial con rumbo a Marte; diseñar instrumentos de investigación, juego o trabajo, medicinas, medios de comunicación, redes virtuales y aparatos.

Leer libros que hablan de tecnología puede ser fascinante. ¿A quién se le ocurrió guardar dentro de un trozo de madera un grafito para producir el lápiz? ¿Qué mezcla de imaginación y sencillez se oculta detrás del diseño del clip que usamos para mantener papeles juntos y que no es sino un pequeño y mínimo alambre enroscado capaz de sostener como un gigante? ¿Por qué los aviones vuelan y qué pasa durante lo que conocemos como "bolsas de aire"? ¿Qué historias ocurrieron entre el reloj de arena y el reloj contemporáneo? ¿Por quiénes fueron desplazados los relojes de pulsera? ¿Qué elementos viajan por la sangre humana y qué caminos recorren? ¿Cómo funcionan las escaleras eléctricas de los centros comerciales? ¿A dónde se van sus escalones que desaparecen por una estrecha rendija? ¿Cómo caben en ella? ¿Cerramos el refrigerador para que no entre el calor o para que no salga el frío? ¿Cómo funcionan las vacunas? ¿Qué es la clonación? ¿Será posible resguardar, como en los tiempos del diluvio, la información genética de todas las especies vivas de la Tierra?

Afortunadamente existen muchos libros de tecnología dirigidos a públicos distintos: a los menores de cuatro años les explican qué función tienen los pañales de sus hermanos menores; a los niños de siete años les explican por qué se pone amarillo el pasto cuando se queda debajo de un cartón olvidado; a los de 10, cómo hacer un robot rudimentario; a los jóvenes de 13, cómo ocurre la fecundación; a los de 17, cómo funciona la economía global; a los de 18, les presentan distintos diagramas de flujo que explican cómo se mueven las redes de poder y mando.

Si lo pensamos bien, ¿cómo sería nuestra vida sin los libros de ciencia y tecnología y sin los correspondientes soportes alternativos, como el video, el cine o las pantallas de computadoras y otros instrumentos electrónicos que dan acceso a redes de búsqueda, vías de cibernavegación, libros y acervos virtuales? Los mapas también son material de lectura que nos hablan de posiciones, equivalencias, diferencias, longitudes, altitudes, distancias, cercanías, rutas, tráficos, asentamientos, recursos, plantas, animales y paisajes.

En su libro *Las cruzadas vistas por los árabes,* el libanés Amin Maalouf nos presenta una serie de puertos: Latakia, Tartus, Trípoli, Yabayi, Beirut, Saida, Tiro, Acra y Haifa. Al *leer* el mapa que Maalouf nos presenta, comprendemos bien la diferencia que existía para los guerreros de los siglos XII y XIII entre tomar posesión de una ciudad puerto y una ciudad tierra adentro. Los sitios de las ciudades del interior terminaban en muertes masivas por sed, por epidemia, por locura y por hambre. En cambio, en las ciudades puerto, los sitiados siempre tenían una puerta abierta a posibles aliados que entraban para traerles abastos y prestarles apoyo militar y, si la situación se volvía apremiante, en los puertos los cercados encontraban una inigualable ruta de escape. Si Maalouf no propusiera el mapa que presenta, posiblemente al lector de su libro le daría lo mismo que un caudillo capturara Maarat que Saida.

Otros materiales de lectura son los diccionarios. Además de resolver nuestras dudas, nos proponen ligas, saltos, secuencias y redundancias. Por ejemplo, si

acudimos a un diccionario de etimologías griegas y buscamos *gimnasia*, éste nos habla —de un solo golpe— de ejercicio físico, cuerpo desnudo o con muy poca ropa; un lugar público destinado a los ejercicios corporales; un espacio destinado a la enseñanza pública; animales con la piel desnuda, sin espinas, sin escudos… (los *gimnodermos*); nos habla de los *gimnosofistas* o sabios brahamanes que, con muy poca ropa, viven en los bosques, y de las plantas gimnospermas, que tienen sus semillas al descubierto.

Aparte de ofrecernos sorpresas y caminos no anticipados, cuando tenemos disposición y tiempo, los diccionarios nos atrapan y nos llevan de una entrada a la otra, en saltos y ligas que jamás terminan y que, como ejercicio de gimnasia, nos dejan exhaustos y fascinados.

Los contenidos curriculares de un diplomado o una licenciatura pueden ser material de lectura, aparte de sugerir innumerables lecturas derivadas. Otros materiales serían: manuales de fabricación de muebles, recetas de cocina, revistas que publican descubrimientos y partituras musicales. En resumen, existe un mundo ancho y redondo, profundo y vasto, hospitalario y potente que nos interpela desde los libros de ciencia y tecnología para invitarnos al diálogo.

Para despedirnos, tomemos unos fragmentos del libro *La rebelión de las formas* del gran divulgador de la ciencia Jorge Wagensberg:

> *Comprender es relacionar una realidad con algo más compacto que ella misma y, en el límite, con su propia esencia* […] *Descubrir una nueva esencia significa ganar conocimiento. Y cada nueva esencia adquirida multiplica nuestra capacidad de comprender el mundo que nos rodea. O sea, la capacidad para comprender el mundo depende del conocimiento acumulado.*
>
> […] *Intuir es relacionar, quizá sólo rozar, una realidad con otra realidad que, comprendida o no, ha sido largamente percibida* […]

La intuición es una revelación de la propia mente, una mente que se nutre con cada nueva percepción. O sea, la capacidad para intuir depende de la riqueza de nuestra vida cotidiana […] *Por ello, aunque se puede intuir sin comprender y comprender sin intuir, nuestra capacidad para comprender supera en mucho nuestra capacidad para intuir.*

[…] *Intuir y comprender suponen los instantes del gran gozo de una mente pensante.*

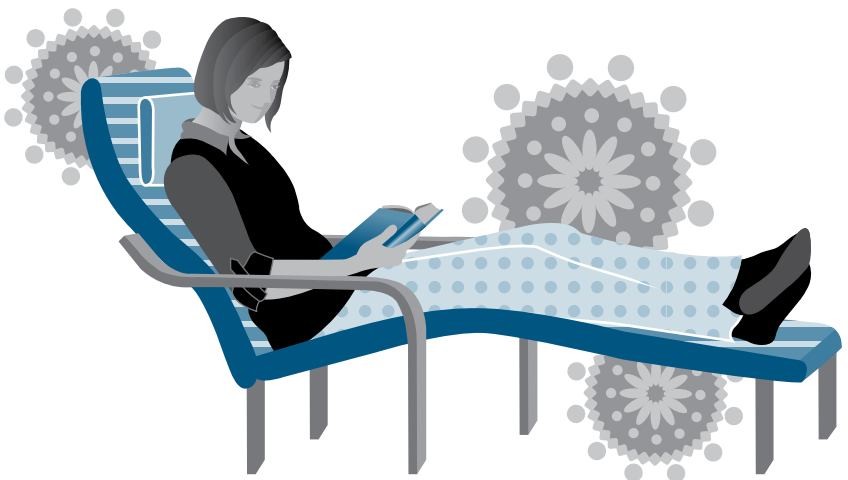
Capítulo 5

Algunos beneficios de la lectura

La lectura pone condiciones (de tiempo, de intimidad, de libertad) para que los lectores piensen en sí mismos, analicen sus carencias y haberes y los nombren. Para que identifiquen lo que los hace ser ellos mismos, específicamente distintos, irrepetibles y únicos. Para que construyan y expresen una postura propia frente al mundo y sus cosas. Para que construyan imágenes de deseo. La lectura puede mejorar la autoestima que permite a los lectores atreverse a construir visiones más amplias y profundas del mundo, imaginar y arriesgar con conciencia plena del azar y de sus probabilidades.

Desde otro punto de vista, la lectura toma a los lectores y los aleja de sí mismos, les permite ver desde los puntos de vista del autor, del narrador o de los personajes, y los devuelve con nuevas ideas, con nuevas reflexiones y con nuevas imágenes. También, algunas veces, los devuelve con una mayor claridad no de lo que saben sino de lo que están buscando.

Pone a la vista y al alcance de los lectores a muchos otros. Y esta presencia favorece la revisión, la recreación o la reconstrucción que cada lector —para mantenerse vivo, abierto y vigente— necesita hacer de sí mismo a lo largo de todo su curso de vida. Favorece que, al mirarse a sí mismos como sujetos vivos, piensen en los demás también como sujetos.



Por otra parte, habilita a los lectores para que identifiquen los rasgos sociales, históricos, lingüísticos, profesionales y culturales de los autores y de los personajes de los libros y, por eso, pone condiciones para que piensen en su propia pertenencia social, en su lengua, en su cultura, en su oficio y en el lugar que ocupan en la línea del tiempo, con todos sus legados.

La lectura hace que estalle en formas, texturas y colores el vocabulario. Lo amplía y permite a los lectores abrir cada palabra en busca de lo que sabe, de lo que recuerda, de lo que intuye y anticipa. También los invita a *sentir* cómo la gramática ofrece al mismo tiempo una estructura sólida y un trampolín para viajar a saltos.

La lectura pone ante la vista, el intelecto y el corazón maneras plurales de relacionarse con el mundo, de resolver problemas, de responder a los otros, de pensar en uno mismo, de reconstruir el pasado, de imaginar el futuro. Los lectores pueden tomar algunos de estos rasgos para usarlos en su propia vida y experimentar otras maneras de ser y de estar en el mundo que, quizá, les resulten útiles para acercarse al cosmos desde nuevas posturas y con distintas estrategias.

Si la libertad consiste en tomar decisiones propias dentro de límites precisos y usando recursos disponibles, la lectura les permite contar con más opciones, con más recursos, con más alternativas para ejercer su libertad y abrir nuevos espacios.

Como sabemos, no poseemos una verdad terminada y cerrada. Lo que tenemos es una serie de aproximaciones a la verdad que trabajamos día a día cuando ponemos en acción la ética, la estética, la ciencia y la tecnología. La lectura, al situar ante nosotros saberes, recuerdos, valores, imágenes y estrategias plurales y alternativas, posibilita acercarse por muchas vías distintas al conocimiento y encontrar estímulos para buscar la mejor verdad posible y seguir trabajándola.

La lectura, al presentar ecosistemas sorprendentes, teorías visionarias, máquinas inverosímiles, situaciones nuevas, respuestas mil para un mismo problema,

al pintar paisajes de mundos inimaginables, al relatar sucesos estremecedores y dar testimonio de personajes vitales, habilita a los amantes de los libros para comprender que el mundo existe más allá de ellos mismos y que, al mismo tiempo, ellos forman parte del mundo: pertenecen al mundo y el mundo infinito les pertenece.

El narrador uruguayo Mario Delgado Aparaín, en una presentación oral, afirmó (es un recuerdo, no una cita textual) que la literatura constituye un arsenal contra el desequilibrio del mundo y contra el desequilibrio propio. Además, con una mano nos ayuda a desentrañar el absurdo y, con la otra, nos ofrece pistas para desentrañar la gracia de nuestra existencia.

La lectura habilita a los lectores para comprender que cuando se habla del mundo, se habla de ellos mismos y, en consecuencia, que los libros hablan de asuntos humanos que no les son ajenos, sino suyos. Necesita que los

lectores cuenten con cualidades humanas para enfrentar con osadía, valentía y conocimiento de causa encuentros sorprendentes con los libros. Al mismo tiempo que pide estas cualidades, la lectura propicia su construcción al favorecer que los lectores ejerzan y mejoren, entre otras cosas, su autoestima, confianza, imaginación, osadía, resistencia ante la incertidumbre, apertura a lo nuevo, pasión por la sorpresa, capacidad de asombro, calidad argumentativa, memoria, amor por la vida, tendencia a la alegría, reflexión, búsqueda, capacidad de tomar en cuenta al otro y escucharlo, y capacidad de mantener viva la esperanza.

En términos sociales, la lectura, cuando ocurre en el seno de una comunidad lectora, potencia las ideas originales, las cuestiona, las reacomoda, las enriquece, les da nuevos significados y, por lo mismo, les da nuevos sentidos, nuevas razones de ser, nuevas capacidades, nuevos destinos. Y fortalece la vida de las comunidades.

La lectura pone en evidencia algunas de las consecuencias del pensamiento cerrado y el papel que, en la historia de la humanidad, juegan el pensamiento abierto, la imaginación y los horizontes largos. Invita a los lectores a convertirse en protagonistas de sus propias vidas, en narradores de sus propios relatos y en buscadores activos y creativos de libros significativos y de personas dispuestas a contar lo suyo. La lectura crea vínculos interpersonales, trama relaciones grupales, construye conocimiento comunitario, fortalece el tejido social y propicia el saludable y necesario diálogo ciudadano. Por otra parte, estimula las preguntas, las dudas sinceras que se expresan a través de palabras, que sacan a las personas de sus zonas de confort y las hacen mirar más allá, con valentía y confianza, hacia la siempre presente incertidumbre.

Para terminar este capítulo, leamos algunos testimonios. El primero, es un *collage* de distintos lectores y está tomado del prólogo del libro *México lee*, editado en 2010 por el Programa Nacional Salas de Lectura. El segundo está tomado de la revista *Leer por leer* que, en Durango, coordina el mediador Uriel Amaro Ríos, y es de una lectora anónima.

Gracias a la lectura sé que ya no aguanto y que me quiero ir de aquí. Digámoslo claro, como lo dicen en El traje nuevo del emperador. *No sé la cara que puso mi padre cuando, al nacer yo, vio que no era niño; pero sí sé que la lectura me salvó, en la infancia, de su inmensa violencia de género. El libro es confidente, nos cuenta sus secretos. Cuando se fue mi madre y no volvió, la música y los libros fueron mis únicas alternativas de cobijo. Con una biblioteca tenemos el infinito en cuatro paredes. Los libros nos permiten sentir suficiencia.*

Cuando leo, ubico mis carencias y les doy un nombre. Ubico mis miedos y nuestros miedos. Descubro que hay más de un sentido. Descubro que mi identidad es frágil, que no es de concreto. Me enfrento a mi propia cerrazón. Me enfrento al otro y la otredad me amenaza. Siento tristeza de la realidad. Conozco el placer y me lo concedo. Leer es algo sabroso, sabroso.

Capítulo 6

El lector

¿A quién podemos llamar lector? Si revisamos la presentación de este cuaderno y recordamos esa noción abierta de que leer es *notar* un mensaje y significarlo desde el propio punto de vista al echar mano de los propios recuerdos, saberes, vivencias y horizontes, podemos decir que lector es, por ejemplo, el campesino que huele el viento para *leer* en él si trae o no lluvia el porvenir cercano; el especialista en presas que se acerca al río para *leer* en él qué tan lejos cayó la tormenta monte arriba y cuál fue su intensidad; el jugador de "dígalo con mímica", que consigue *leer* el nombre de la película en los gestos del compañero que —por las reglas del juego— no puede usar palabras; el bebé que *lee* con atención los tacones de la mamá, el ruido de su vestido y el perfume, y rompe en llanto porque el texto que acaba de *leer* le dice que mamá va a salir y que no va a llevarlo; o el niño que lee la tensión en el ambiente de su casa y, con sabiduría asombrosa, en lugar de llorar, calla.

También son lectores: el bebé de 6 meses que chupa un libro bordado en tela y un día descubre que está chupando imágenes de seres que conoce; el infante de 18 meses que pasa las hojas de un libro-álbum (con ilustraciones abundantes y grandes y con muy poco o ningún texto) y se interesa tanto en las figuras como en la historia que cuentan; el niño de 3 años que, con el mismo álbum en las manos, presta su voz a los personajes y los hace decir cosas interesantes; el escolar que, en medio de una lectura grupal levanta la mano y dice que él no está de acuerdo con lo que dice el protagonista del relato; el adolescente que copia versos enteros de un

poema para aprenderlos de memoria o que relaciona lo que le dijeron en el aula con lo que dicen los tratados de ciencias naturales; o el joven artista que peina una biblioteca entera en busca de los mejores héroes y heroínas para imaginar y pintar sus retratos, o para encontrar esos manuales que vio hace algún tiempo y está necesitando.

Y luego están los lectores asiduos y consuetudinarios quienes conocen colecciones completas al derecho y al revés, enfrentan a unos autores con otros, ubican épocas y acontecimientos, esperan con un libro en la mente a que se abra la Sala de Lectura para entrar a buscarlo, pueden narrar epopeyas, saben encontrar en la colección párrafos aterradores, diálogos creativos o frases luminosas, tienen autores preferidos y —con conocimiento de su propio estado de ánimo, sus gustos y sus necesidades— no eligen un género cualquiera sino que buscan, por ejemplo, un poema, un mapa, un ensayo científico, un testimonio, una carta, un corrido, un relato de ficción, o una novela larga y compleja, según lo necesiten y según prefieran.

Son lectores los que navegan por la Red para encontrar textos que necesitan y también los que escriben en sus páginas personales los acontecimientos del día y entran a las páginas de otros para saber cómo están y cuáles son sus planes. Los que a través de la misma Red entran a una galería de pintura y se quedan dos horas frente al *Jardín de las delicias* de El Bosco o contemplan sin prisas las ilustraciones de Doré. Los que, tableta de lectura electrónica en mano, leen un libro digital completo. Y los que leen en Twitter opiniones, quejas, bromas, paradojas, sucesos y pensamientos escritos con brevedad obligada, porque no pueden usar más de 140 caracteres.

Así, *leemos* el semáforo para cruzar con seguridad en una esquina; *leemos* las montañas para saber si una creciente repentina nos atrapará a la mitad de un río; leemos las noticias (en textos, encabezados, fotos, esquemas y caricaturas); *leemos* el estado de ánimo de nuestros colegas para construir un clima amable en la oficina; leemos nuestros derechos culturales para mostrar al otro que se

equivoca al querer que, de manera obligada, pensemos como él piensa; leemos el menú de una fonda para asegurarnos —si tenemos alergias— de llegar con bien a nuestras casas; leemos una receta porque esperamos visitas; leemos la fecha de caducidad de un producto para saber si nos conviene o no comprarlo; leemos un relato corto en el autobús, entre el trabajo y la casa; leemos tres capítulos de una novela larga si, el domingo, por casualidad nos quedamos en casa; y leemos un libro entero de poesía si el insomnio nos atrapa.

Cada lector es distinto y produce sus lecturas originales. Sin embargo, podemos pensar en un lector ideal: ¿cómo es a grandes rasgos un lector ideal?, ¿cómo vive en el mundo?, ¿con quién habla?, ¿cuáles son sus principales capacidades y potencias? En el capítulo anterior hablamos de los beneficios de la lectura, que forma lectores y les imprime carácter, rasgos, actitudes, miradas y los transforma con el paso del tiempo. Presentamos aquí lo que la lectura, en términos ideales, puede hacer de ellos, es decir, presentamos un perfil ideal, un conjunto de rasgos deseables que no tienen por qué ocurrir al mismo tiempo y de inmediato, pero sí pueden aparecer poco a poco, de libro en libro, de reflexión en reflexión y de charla en charla.

En términos ideales un lector asiduo, abierto, libre y dueño de sí mismo puede:

- Sea hombre o mujer, bebé, niño, joven o adulto, viejo o anciano, respetarse a sí mismo y respetar a los otros de manera abierta e incluyente.
- Ser miembro de un grupo social y, en el seno de éste, usar la lengua para narrar, pensar, debatir, imaginar, pedir y ofrecer explicaciones, exponer puntos de vista, formular preguntas, compartir experiencias vividas, planear, convocar, pedir y ofrecer apoyos.
- Disfrutar de la lectura oral y compartida pero, en general, gustar de leer en silencio, con ritmo propio, e ir más allá de la superficie del libro en busca de profundidad, en busca de relaciones y procesos, en busca de novedades y sorpresas.
- Establecer ligas entre personas, personajes, sucesos, triunfos, derrotas o estados de ánimo.

- Gustar de la relectura.
- Estar consciente de que en los libros y en las colecciones habitan personajes, modelos de ser y de pensar, épocas, autores, temas, paisajes, teorías, relatos, emociones y anhelos con los que puede dialogar de manera horizontal y abierta cuando lee.
- Conocer y distinguir géneros de la literatura.
- Elegir los libros que prefiere leer en un momento dado.
- Comprender que la lectura de un libro invita a la lectura de otros más.
- Tomar un libro y rodearlo con otros tantos, estableciendo con ellos distintos vínculos que, con creatividad, imagina. Por ejemplo, ligar entre sí épocas, geografías, valores, uso del diálogo, oficios, catástrofes, logros inmensos, silencios prolongados, bullicio, tono de las voces que narran o personajes.

- Tener una colección (pequeña o grande) de libros entrañables.
- Ser visitante consuetudinario de una Sala de Lectura, una biblioteca pública o un sitio en Internet que le da acceso a distintas colecciones, y hacer uso frecuente del préstamo a domicilio.
- Publicitar de manera espontánea entre sus pares sus libros favoritos.
- Saber de memoria algunos párrafos de sus libros favoritos y contarlos entre amigos y colegas cada vez que puede.
- Tener una red de amigos y colegas con los que comparte, mediante charlas informales, los pasajes, los diálogos, las ideas, las pasiones y los acontecimientos que encuentra en los libros que está leyendo o leyó en el pasado.
- Mantener una actitud de escucha atenta, abierta e incluyente, apreciar la diversidad (en sus amigos y colegas y en los textos) y, al debatir y charlar, hacer uso incluyente de la pregunta, la explicación, el argumento, la narración, el testimonio, el diálogo y el debate.
- Estar consciente de que no existe una sola lectura. Por lo tanto, ha de saber que su lectura será original e inédita.

- Saber también que, al leer, él mismo produce imágenes derivadas de la lectura e ideas propias y, por lo mismo, sabe que tiene la capacidad de, en calidad de autor, escribir textos derivados de sus lecturas, editarlos, ilustrarlos y convertirlos en libro (con tiros de pocos ejemplares para regalar algunos).
- Saber que los lectores están habitados por sus lecturas y por los autores que leen y, por lo mismo, saber que es una biblioteca invisible y ambulante, y dentro de sí, guarda y resguarda ideas, emociones, conflictos, palabras, sonidos, gritos y diálogos. Y recurrir a este acervo invisible con frecuencia, como parte de sus haberes, como parte de sus riquezas.
- Finalmente, puede acudir a funciones de música, danza y teatro, visitar galerías de fotos y pinturas, recorrer museos, ver películas y andar por la vida, cámara en mano y con papel y lápiz en la bolsa, sólo por si acaso.

En un afán de enfatizar la idea de que los lectores son personas habitadas por autores y también por paisajes, épocas o personajes, recordemos aquí (en una traducción libre) a ese personaje que en su libro *El hombre ilustrado* imaginó Ray Bradbury.

> *Se quitó la camisa y la meció en el aire. Estaba cubierto con ilustraciones que iban desde el anillo azul que tenía tatuado alrededor del cuello hasta la cintura.*
> *—Y todavía tengo más —me dijo, quizá porque adivinó mi siguiente pregunta—. Todo yo estoy ilustrado.*
> *Y abrió la mano. En su palma vi una rosa, recién cortada, con gotas de agua cristalina entre sus suaves pétalos rosados. Quise tocarla, pero era sólo una rosa ilustrada.*
> *Y en cuanto al resto* […] *su cuerpo era una celebración de gente, de fuentes y cohetes dibujados con tan intricados detalles y colores que podías oír —como pequeñas murmuraciones mudas— las voces de las multitudes que habitaban a aquel hombre ilustrado* […] *Cuando movía sus músculos, diminutos ojos dorados y verdes*

hacían guiños y unas manitas rosadas saludaban. En su pecho tenía planicies amarillas, y ríos azules, y montañas, y estrellas, y soles, y planetas desparramados por la Vía Láctea […] *Y desde las cavidades que se formaban bajo sus brazos, unos pequeños ojos demoníacos brillaban como si estuvieran espiando.*

Capítulo 7

El juego y la lectura

La condición del lector, en muchos sentidos, es una condición de jugador porque, como vimos antes, al abrir un libro, el lector arriesga su certidumbre, su zona de confort, sus verdades y hasta la configuración que ha construido de sí mismo. No arriesga en un afán destructivo, sino con la esperanza de ganar imágenes alternativas, ideas nuevas, profundidad y textura en sus emociones. Arriesga con la esperanza de encontrar horizontes más largos. Por eso, el juego, cuando se juega de manera libre, autogestionada, entre amigos y sin esperar logros específicos, cuando se juega sólo porque sí, por el gusto, por la risa que lo acompaña, por retar al azar y en busca de sorpresas, es uno de los mejores aliados de la lectura.

El jugador tiene que conocerse a sí mismo en sus limitaciones tanto como en sus potencias y, al conocerse, tiene que encontrar las contrapartes más adecuadas a sus capacidades. Un buen jugador de altura busca contrincantes de altura, porque una de las características indispensables del juego es la incertidumbre. Quien sabe que va a ganar no está jugando, está siguiendo un protocolo. El contrincante tiene que representar un reto con una posibilidad de resultar superable, pero también con una calculada probabilidad de que quien reta, sucumba al juego.

Si traducimos esto a la lectura, vemos que el juego favorece que los lectores no se conformen con los libros que otros les dan y salgan en busca de talentos semejantes a los suyos o un poquito más altos: "Por ahí escuché que este libro es muy difícil de leer, quiero ver si es así de duro como dicen", o bien: "Oí que Umberto Eco está preparando una versión ligera de *El nombre de la rosa*: a mí no me hablen de eso, yo mejor me la juego con la versión pesada…"

El juego pide compañía, pide confrontación, pide diálogo y hasta trabajo en equipo. Tanto en el triunfo como en la derrota, los jugadores quieren pares, amigos, colegas, cómplices y testigos que les permitan celebrar, reflexionar, digerir y construir una mejor imagen de sí mismos: de sus potencias, de sus limitaciones, de la necesidad de concentrarse y practicar un poco más. El juego pide grupo, para festejar con otros la victoria y para encontrar cobijo en la derrota.

La lectura, cuando resulta conmovedora, inspiradora, sorprendente, inquietante, bella, científicamente iluminadora, tecnológicamente deslumbrante o sideralmente inmensa, lanza al lector al seno de su grupo (de estudio, de juego, de investigación, de charla) de manera irremediable. Al interior del grupo, el lector vibra, alerta, dice, duda, invita, valora, documenta, contagia. Y se vuelve un motor que pone en juego a las comunidades.

La lectura pide a los lectores que acusen recibo de sus cambios, de las transformaciones que sufren, para que estén conscientes, para que mejoren sus habilidades, construyan conocimiento, recuerden de dónde vienen y hacia dónde quieren ir. Ellos, conscientes de sus logros, abren el siguiente libro en busca de nuevos retos, para medir sus capacidades.

El juego y la lectura piden que los jugadores tengan actualizadas sus capacidades de reconocer las alternativas posibles y acceder a ellas, de mirarse a sí mismos en movimiento, de tomar en cuenta al otro, de planear, de convocar, de establecer reglas propias y respetar las reglas de otros, de construir retos complejos, de calcular probabilidades, de desarrollar confianza basada en la autorreflexión y la autoestima.

También reclaman la capacidad de distinguir límites, analizar estructuras y encontrar espacios marginales para, dentro de los límites conocidos, dar rienda suelta al pensamiento creativo, imaginar y mirar lejos, contemplar un universo dado, pensar, considerar el proyecto personal y el proyecto de equipo, saber en

términos cualitativos y cuantitativos lo que se está arriesgando, optar, elegir, decidir y reconocer y asumir las consecuencias de las decisiones tomadas.

El juego y la lectura nos colocan entre la realidad tangible y la realidad posible, entre lo que podemos ver, oír, tocar y lo que podemos imaginar. Y tienden puentes entre estas dos realidades que nos permiten ir de una a la otra, como viajeros consuetudinarios.

Por otra parte, demandan la capacidad de convivir con el azar y con la incertidumbre, de buscar la sorpresa, de no perder jamás la capacidad de asombro y de mantener siempre viva la esperanza.

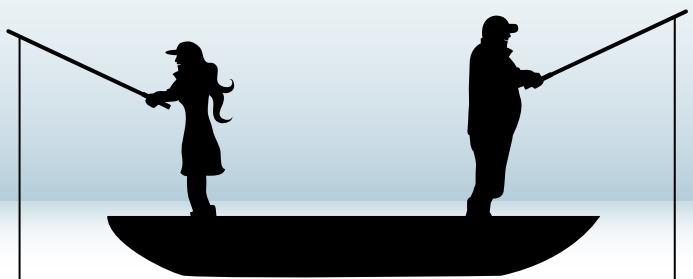
El juego y la literatura nos echan a andar por la línea del tiempo de ida y vuelta y ponen ante nosotros, entre nosotros y dentro de nosotros, un abanico de saberes, haberes y posibilidades.

Para finalizar, contemplemos a través de una ventana indiscreta al poeta Pablo Neruda cuando, en pleno juego libre, dibuja, busca y atrapa las palabras que necesita para hacer un poema. Tomamos los fragmentos de su libro *Confieso que he vivido: memorias*.

Las palabras
(fragmentos)

Todo lo que usted quiera, sí señor, pero son las palabras las que cantan, las que suben y bajan […] *Brillan como piedras de colores, saltan como platinados peces, son espuma, hilo, metal, rocío… Las agarro al vuelo, cuando van zumbando, y las atrapo, las limpio, las pelo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes, ebúrneas, vegetales, aceitosas, como frutas, como algas, como ágatas, como aceitunas…* […] *Y entonces las revuelvo, las agito, me las bebo, me las zampo, las trituro, las emperejilo, las liberto… Las dejo como*

estalactitas en mi poema, como pedacitos de madera bruñida, como carbón, como restos de naufragio, regalos de la ola… […] *Todo está en la palabra… Una idea entera se cambia porque una palabra se trasladó de sitio, o porque otra se sentó como una reinita adentro de una frase que no la esperaba y que le obedeció…* […] *Tienen sombra, transparencia, peso, plumas, pelos, tienen de todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto transmigrar de patria, de tanto ser raíces… Son antiquísimas y recientísimas* […] *Viven en el féretro escondido y en la flor apenas comenzada.*



Al terminar

Terminamos este cuaderno *La lectura*, pero antes de despedirnos recordemos que una de las grandes hazañas que logra la lectura es convidarnos a pensar, a discriminar, a ordenar, a elegir, a imaginar por cuenta propia. También nutre nuestra capacidad de construir un pensamiento propio, crítico y creativo y nos invita a estar en el mundo de una manera libre, abierta y soberana.

La lectura nos invita a problematizar la vida y, como contraparte, nos ofrece elementos que iluminan las contradicciones. Nos incita a identificar paradojas e inconsistencias, a descubrir alianzas, a conocer matices, a desatar entuertos.

Nos convida a descubrir que el mundo aparece cuando lo nombramos, pues al nombrar cada cosa le asignamos un significado y de este modo cada cultura y cada lengua asigna sentidos distintos a las cosas.

Por otra parte, nos permite vivir relaciones interculturales y desarrollar el hábito de la hospitalidad que no prejuzga al otro, que no lo etiqueta, que no lo quiere como un clon, sino como un ser distinto.

La lectura nos acompaña con lealtad frente a la ambigüedad del mundo y nos alienta a darle forma y matices con el auxilio de las palabras. Nos recuerda que podemos elegir nuestra compañía al elegir autores, temas y personajes del presente tanto como del pasado.

Algunas veces la lectura nos empuja a salir de nosotros mismos: cuando nos interpela, nos lanza o nos desarma. Y nos recibe de nuevo con hospitalidad creciente y con las manos llenas de posibilidades. Y, en ocasiones felices, nos golpea de súbito con latigazos de cristalina belleza que nos sorprenden, nos dejan sin aliento y con el corazón a toda marcha.

María Sabina, la sabia mazateca, era una lectora incorregible. Leía el viento, el aire, las estrellas, los hongos, las flores y los fuegos. Era una gran lectora y, quizá por eso, consiguió construir una imagen de sí tan digna como la flor

más sencilla, y tan grandiosa como el águila. Escuchemos antes de despedirnos fragmentos de los cantos que, con gran humildad, se cantaba a sí misma, y que conservamos escritos gracias al registro y a la traducción del también poeta y también mazateco Juan Gregorio Regino.

Soy mujer remolino
mujer de las alturas
mujer luz
mujer espíritu
mujer día
mujer águila
mujer elegante
mujer altiva
mujer limpia.
Amanecer limpio
amanecer transparente.

Yo soy madre
madre que tiene vida
madre que se mece
madre brisa
madre tierna
madre retoño
madre que crece.

Soy mujer chuparrosa
mujer estrella
mujer luna
mujer cielo
mujer que sabe nadar en lo sagrado
porque puedo ir al cielo.

Por la sombra me voy
por las huellas me voy
me voy con mis manos
me voy con mi lengua
hablo con humildad.

Hacia allá me dirijo
hablo con mi libro
miro hacia adentro
examino mi libro limpio
mi libro sabio
mi ave limpia
mi ave sabia
pluma fresca
pluma tierna.

Hablo del camino
del camino de brisa
del camino de huellas,
hablo de la quietud
que está tendida en el camino
que está tendida en la huella.

Bibliografía

- Blumenberg, Hans, *Paradigmas para una metaforología*, Madrid, Trotta, 2003.
- Bradbury, Ray, *The Ilustrated Man*, Harper Collins, Nueva York, 2001.
- Césaire, Aimé, *The Collected Poetry*, Berkeley, University of California Press, 1983.
- Echeverría, Bolívar, *Definición de cultura*, México, FCE, 2000.
- Gómez López, César, *Significado y libertad, Madrid*, Siglo XXI, 2003.
- Gribbin, John, *Así de simple. El caos, la complejidad y la aparición de la vida*, Barcelona, Crítica (Drakontos), 2006.
- López Velarde, Ramón, "Suave Patria", en Juan José Arreola, *López Velarde: el poeta, el revolucionario*, México, Alfaguara, 1997.
- Maalouf, Amin, *Las cruzadas vistas por los árabes*, Madrid, Alianza Editorial, 2009.
- Manguel, Alberto, *Una historia de la lectura*, Bogotá, Norma, 1999.
- Neruda, Pablo, *Confieso que he vivido*, Madrid, Plaza & Janés, 1994.
- Regino, Juan Gregorio, "María Sabina", manuscritos de trabajo sin editar, Huautla de Jiménez, Oaxaca, 2002.
- Ricœur, Paul, *La memoria, la historia y el olvido*, Buenos Aires, FCE, 2000.
- Saint-Exupéry, Antoine de, *El pequeño príncipe*, México, Editorial Diana, 1964.
- Sen, Amartya, *Desarrollo y libertad*, México, Planeta, 1999.
- Wagensberg, Jorge, *La rebelión de las formas*, Barcelona, Tusquets, Colección Metatemas, 2004.

Se terminó de imprimir en la Ciudad de México, en enero de 2012, en los talleres de Impresora y Encuadernadora Progreso, S.A. de C.V. (IEPSA), San Lorenzo 244, col. Paraje San Juan, Iztapalapa, C.P. 09830, México, D. F. Para su composición se utilizaron las familias tipográficas Adobe Garamond Pro y Myriad Pro. El cuidado de edición estuvo a cargo de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. El tiraje consta de 5 000 ejemplares.

PARA USO DEL PROGRAMA NACIONAL SALAS DE LECTURA

www.salasdelectura.conaculta.gob.mx

@SalasdeLectura

/SalasdeLectura

9 786074 557930

GOBIERNO DE JALISCO

SECRETARÍA DE CULTURA

CONACULTA

GOBIERNO FEDERAL

Salas de Lectura

Dirección General de Publicaciones

SEP

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS